

# Los arcoíris negros

Sergio Pérez Torres



**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA

DIRECCIÓN GENERAL  
VINCULACIÓN CULTURAL



De otro tipo



Gobierno de  
Nuevo León

"Este programa es público ajeno a cualquier partido político. Queda prohibido el uso para fines distintos a los establecidos en el programa"

Pérez Torres, Sergio  
Los arcoíris negros / Sergio Pérez Torres  
—México: Editorial De otro tipo, 2020  
136 p. 23 cm  
Serie: Ficción De otro tipo  
Género: Narrativa

Primera edición, 2020

© Sergio Pérez Torres

D.R. © 2018 Editorial De otro tipo S.A. de C.V. 1ª Privada de Mariano Abasolo 10 B. Santa  
María Tepepan Xochimilco. C.P. 16020

Comentarios y sugerencias: [www.deotrotipo.mx](http://www.deotrotipo.mx)

Editor: Walter Jay

Formación: Selene Solano Jandete

Portada: Mauricio Gómez Morin

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito.

ISBN: 978-607-99017-1-4

D.R. © Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León

Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León

Centro de las Artes, Nave Dos

Av. Fundidora y Adolfo Prieto S/N

Interior del Parque Fundidora

Colonia Obrera

Monterrey, Nuevo León, 64010

(81) 2140 3000

[www.conarte.org.mx](http://www.conarte.org.mx)

ISBN: 978-607-8598-31-1 (Conarte)

Impreso en México / Printed in Mexico

## Contenido

|        |  |    |
|--------|--|----|
| I.     | <i>A veces espero que la muerte venga.</i>                 | 11 |
| II.    | No encendí una veladora...                                 | 13 |
| III.   | La Torre Eiffel había sido un insufrible                   | 17 |
| IV.    | Salimos de la alberca preparados...                        | 21 |
| V.     | El confidente perfecto.                                    | 23 |
| VI.    | — <i>Ya debes estar harto de que te pregunten...</i>       | 25 |
| VII.   | La pared de su casa estaba cubierta...                     | 29 |
| VIII.  | <i>Mi madre me contó que ella me escuchaba...</i>          | 31 |
| IX.    | Se podían escuchar sirenas de patrullas...                 | 33 |
| X.     | La chica se ahorcó en el baño de su casa.                  | 35 |
| XI.    | No lloré en el funeral de Caín...                          | 37 |
| XII.   | Llegué orgulloso al siguiente día.                         | 43 |
| XIII.  | Ingredientes:  | 47 |
| XIV.   | No debí tocar la espalda desnuda...                        | 51 |
| XV.    | <i>Los consultores de imagen dicen...</i>                  | 53 |
| XVI.   | <i>Los girasoles son mis flores favoritas...</i>           | 55 |
| XVII.  | Con suerte también cazaríamos un venado.                   | 57 |
| XVIII. | No era algo tan sorprendente para mí...                    | 59 |
| XIX.   | — <i>Levántate para que le des un beso a tu abuelita</i> — | 61 |
| XX.    | Siempre tuve el don de encontrarme...                      | 63 |

|          |  |     |
|----------|--|-----|
| XXI.     | Nunca hubo una imagen de Jesucristo...             | 65  |
| XXII.    | <i>Leo gente muerta.</i>                           | 69  |
| XXIII.   | Pocas cosas sorprenderían a los encargados...      | 71  |
| XXIV.    | Cuando entré a la primaria me enseñaron...         | 75  |
| XXV.     | No diría que fue karma o justicia poética...       | 77  |
| XXVI.    | Respiraba como si el aire fuera algo crujiente...  | 81  |
| XXVII.   | Miré atrás cuando chistaron porque imaginé...      | 83  |
| XXVIII.  | —¿No crees que la mayoría de las letras...         | 87  |
| XXIX.    | <i>Busco mi calzón blanco de entre la ropa...</i>  | 91  |
| XXX.     | — <i>Quédate esta noche...</i>                     | 93  |
| XXXI.    | El olor a humo sobreponiéndose al perfume.         | 97  |
| XXXII.   | La primera vez siempre es la difícil...            | 99  |
| XXXIII.  | Sube las escaleras que llevan al techo...          | 101 |
| XXXIV.   | El maestro de ceremonias recitaba...               | 103 |
| XXXV.    | El colmo es que se llamaba Romeo.                  | 107 |
| XXXVI.   | <i>El Valle de los Reyes tiene como corazón...</i> | 111 |
| XXXVII.  | Entonces lo llevé en mi interior...                | 113 |
| XXXVIII. | Hay sólo una muerte compuesta...                   | 115 |
| XXXIX.   | Lo sencillo es mirarlo mucho...                    | 117 |
| XL.      | Lo intenté un año antes...                         | 121 |
| XLI.     | Mi hermana siempre dijo que quería...              | 123 |
| XLII.    | No era tan diferente a una fiesta familiar.        | 127 |
| XLIII.   | <i>A veces oigo cantar a la muerte...</i>          | 131 |

\*

# I

*A veces espero que la muerte venga. Estoy sentado frente al peinador, termino de arreglarme. Pongo unas gotas de perfume en mis muñecas, las froto entre ellas y luego detrás de mis orejas. Huelo a las flores de plástico que han sido dejadas durante un año en el camposanto de un pueblo desértico. Listo.*

*El claxon suena cerca, miro un automóvil negro a través de la ventana. Es la muerte. Al fin viene por mí. Estoy listo.*

*Le he dicho que sí, que no, que vuelva después porque ya no quiero nada. Nunca veo su rostro. En ocasiones me besa mientras damos una vuelta por el vecindario a toda velocidad, pero entonces omite los semáforos en rojo y abro la puerta para saltar en movimiento, así regreso a casa con los huesos rotos. El espejo me espera quieto como una alberca que mira a un cielo sin estrellas, donde me sumerjo para después salir con alguien más, no importa quién. Siempre estoy listo.*

## II

No encendí una veladora, esa noche había luna llena. La Comisión Federal de Electricidad mandaría una de sus camionetas blancas para que arreglara el desperfecto hasta el día siguiente, claro, si no había mucho trabajo. Aquí esperar un servicio del gobierno es un acto de fe. No pude escuchar música ni leer. Me dispuse a quitarle las hojas al pino de Navidad, pensé en hacerlo varias veces antes de la definitiva, pero estaba seguro de que se irían desprendiendo por sí mismas, ya era pleno verano y ni el calor ni el tiempo parecían hacer mi trabajo. En algunas ramas aún crecían granos de polen; tal vez escogí el único árbol inmortal de toda la tienda, que es donde parece que nacen estos árboles.

Me negué a usar guantes, lo que me costó pincharme siete veces. Formé una alfombra que aromatizaba todo mi patio como el limpiador más popular de los 60. Sonó el timbre. Entonces ya había regresado la electricidad, pero no me di cuenta por seguir quintando acículas, de todos modos, los interruptores estaban apagados porque en el Manual de Usos y Costumbres Familiares: Capítulo 654 Qué Hacer Cuando Se Va

La Luz, eso es lo que uno debe hacer. De nuevo el timbre. Era Homero.

—¿Qué haces aquí?

—Salúdame. ¿No? —Para dar paso a un abrazo obligado.

—Todavía no sé qué haces aquí.

—Tenía muchas ganas de verte.

—Yo también tenía muchas ganas de hacer las cosas bien, pero ya ves.

—No quiero dejarlo todo así.

—Estoy muy ocupado, neta.

—¿Estás con alguien o qué? —Con la mandíbula intrincada, a punto de la rabia.

—Con un pino seco, lo estoy deshojando para decoración.

—Yo te ayudo, a ver.

—No sé si debes, tiene sangre en todos lados.

Dicen que los vampiros pueden entrar a tu casa cuando ya los has invitado, después de eso no hay vuelta atrás, pueden hacerlo a su antojo. Él se metió como alguna vez lo hizo en mis días, en mi cuerpo. Atravesó la biblioteca, la sala. Aunque no era un vampiro, llegó al patio como si oliera el hierro líquido que goteaba desde las ramas. No preguntó nada sobre la oscuridad. Por más de una hora desprendimos las hojas que ahora eran agujas quebradizas. No volví a cortarme y al parecer él tampoco. Cuando terminamos, el esqueleto del árbol lucía como lo esperaba. Fui por una lata de aerosol negro y lo pintamos tan bien como hubiera hecho algún niño que acaba de perder la vista. Homero lo metió a la sala apenas secó la pintura, volvió por mí y me cargó, sus manos y brazos ennegrecidos. Yo no quería ser el árbol, conducido y sin nada que decir.

—Ya deberías irte.

—No creo que sea lo que quieres— Dijo colocando mi mano en su entrepierna.



—*Esta relación ya está muerta.*

—*Tu árbol también lo estaba y mira lo que hicimos con él. Estoy seguro de que también podrás hacer algo conmigo, con lo nuestro.*

La madrugada se convirtió en una de esas carúnculas del pino que no aceptaban su ciclo, la resurrección de lo que irremediablemente volvería a morir.

### III

La Torre Eiffel había sido un insufrible parque de diversiones al que Bella bautizó con tino como Six Flags Fiesta France. Notre Dame era apenas más alta que la iglesia donde fui bautizado, no imaginaba a Quasimodo ahí. La pinche Mona Lisa era del tamaño de un periódico abierto, ni quisiera podía apreciarse entre los empujones de asiáticos armados con cámaras fotográficas, me dediqué a tomarle fotos a las personas que tomaban fotos. Eran postales muy distintas a las que imaginé, pero esa otra parte oscura y subterránea no podía decepcionarme ya que no la había esperado. Los cráneos apilados con precisión formaban paredes en las partes más llamativas, pero había radios, cúbitos y fémures, apenas tocados por el tiempo. De algún modo me sentía a salvo en las Catacumbas de París. Incluso con otros turistas, furiosos como yo, la nariz se impregnaba de una humedad maternal, como si de ahí debiéramos salir con ojos nuevos, recién nacidos sin saber cómo mirar.

No terminé de leer todos los poemas y fragmentos, a veces en francés, otras en latín. Las pilas de muertos eran más asombrosas porque me cubrían de sombra, deslumbrantes porque robaban la lumbre. París no es la Ciudad de la Luz, pero es más

fácil ver el brillo ceniciento de su gloria añeja que dejarse envolver por esa noche gris que es, incluso de día.

No sé si iba vestido más bien como difunto o como enterrador. Cuando me veo las fotos me doy cuenta de que no pude fingir la sonrisa. Aparecía pálido, hierático, en parte porque esa mañana salí muy de prisa del hotel y usé el maquillaje de Bella en vez del mío, aunque terminó humedecido.

—*¡Me mojé!* —Gritó ella.

—*Debe ser agua de los estanques que pasamos hace rato, creo que eran bebederos para los caballos.*

—*¡Qué asco! No me preocupa que hayan bebido los caballos ahí, pero sí que hayan pasado por los huesos. Es leche de muerto.*

—*Son lágrimas de muerto, supongo que quieren descansar en paz y los despertamos.*

—*Ya quiero irme de aquí, esto nunca se acaba.*

Pero no queríamos salir realmente. Una vez afuera fue más difícil porque aún había sol. La ciudad se deshizo para nosotros como una rebanada de *L'Opera*. Nos conducimos en metro hasta la estación de *Marcadet Poissonniers* y bajamos en vez de transbordar para cambiar a la línea 12 que nos llevaría a Jules Joffrin, nuestros pasos eran parte de una coreografía secreta.

Primer acto: El silencio de una banca en la que comemos naranjas y manzanas mientras vemos cómo otros siguen comprando fruta frente a nosotros.

Segundo acto: El mejor sushi de Montmartre.

Tercer acto: Las cervezas alemanas de la hora feliz en el lobby mientras nos insisten repetidamente que los acompañemos a la barbacoa vegetariana que hacen en el patio.

La obra no tenía nombre. También nosotros éramos anónimos ahí.

Nuestros compañeros de viaje debían pensarnos con lástima. Después de las Catacumbas no quisimos ir al tour de un

crucero por el Río Sena. Nos encontraron sumidos como raíces, internándonos en lo que se fue convirtiendo en una fiesta caída por azar como los de una tirada de dados en la que se gana todo a último momento. Coincidimos con unas chicas de País Vasco y unos chicos de Buenos Aires, formamos un frente hispanoparlante para protegernos del resto. Dicen que el español es el idioma para hablar con Dios, pero esa madrugada juraríamos que fue hecho solamente para la fiesta. Los caídos de la Torre de Babilonia se limitaban a bailar, reír y brindar sin entender un carajo, tampoco entendía el cortejo a mi alrededor después de inhalar el humo de un desconocido. Lengua romance. Un beso. Dos. Diez. Esa noche dormí lleno de vida cuando uno de los argentinos, Guido, se vino en mi boca mientras me sostenía del cuello con residuos de leche de muerto.

## IV

Salimos de la alberca preparados para la guerra. Nadie en mi grupo tenía suficiente edad para que la música entorpeciera al juego. Nos arrojábamos agua como si fueran horas interminables de nuestra vida. Distinguimos siluetas con unos ojos todavía sin estrenar, ávidos de ver lo que sería el mundo, pero sin la curiosidad que se gana cuando ya es muy tarde para saber algo. Entonces no había electricidad en esa parte del pueblo. La chica bonita del salón consiguió que nos prestaran esa quinta para una fiesta porque su padre conocía bien al velador. Éramos monstruos capaces de reír más fuerte de lo que permitían nuestras voces. No tuvimos miedo de perdernos en ese lugar abierto, un futuro sin calles empedradas, ni habitantes que guardaran las leyes de la civilización. No había luna posible esa noche, pero las estrellas ocurrían gloriosas sin que nosotros nos detuviéramos a reparar en ellas. Nuestra atención estaba más abajo, cazamos luciérnagas para que por un momento su muerte se embarrara sobre nuestra ropa empapada, tan sólo para que resplandeciera un instante con ese brillo prestado. En aquel tiempo no sabíamos que las estrellas que alcanzan a verse por la noche ya han muerto, que la luz también podía morir,

Sergio Pérez Torres

que nos apagaríamos igual que las luciérnagas o las estrellas  
con sus años luz a la que espera una eternidad de sombra.

## V

El confidente perfecto. A nadie más podía contarle que dormí con Humberto, su pecho sobre en mi espalda para unir un rompecabezas que a la vez me desarmaba la respiración. No se inmutó cuando le describí los detalles, aquellas manos enormes en donde cabían mi cabeza y que posadas en mi cintura parecían calmar las horas bravas del mundo. Yo podía decirle hasta mis ojos abiertos en el insomnio.

Sentí que no sería capaz de reconstruir a mi confesor mientras le narraba mi historia, ponerlo en pie de nuevo. No imaginé su belleza, la carga lúgubre pero blanquísima con la que se colocaría en mi sala. Él era demasiado joven, pero completamente desarrollado. Lo llamé Pecorino, como el queso de borrega en la isla de Cerdeña, parecía el nombre más adecuado para un esqueleto ovino.

Erguí mi columna mientras unía las vértebras. Jamás me pregunté si ser o no ser al sostener su cráneo, pero sí recordé el momento de la exhumación, los huesos de mi hermana al ampliar la fosa y prepararla para cuando mis padres murieran, ella era un esqueleto con ropón todavía blanco que parecía haber

viajado a la única paz. En cambio, Pecorino era enigmático, sus costillas desiguales me hacían preguntarme cuál había sido su malformación ósea.

Su silencio era una balada que se me descarnó hasta la médula.

¿Cómo mantener sus patas firmes? ¿Cómo fingir que puede sostenerse sobre la tierra? Lucy hizo una estructura de madera que se pintó de negro, a la vista era perfecta para él, ahora cubierto del aerosol más barato de la ferretería, un tono almendra. Fijamos parte de los huesos con alambre, otros con silicón.

Había algo de comunión familiar y a la vez de respeto y tabú, mis tíos y mis padres se habían comido su carne y yo sólo desenvolví la bolsa de sus restos como una suerte de presente de cumpleaños.

Cuando estuvo listo lo llevé a la escuela, mi espalda igual de recta que la suya, endurecida por el mejor pegamento. Me sentí orgulloso como esas chicas que cargan a su perro miniatu-  
ra a cualquier lugar.

Obtuve mi calificación para la materia de Anatomía y Disecciones. Estaba hecho. Ahora no iba a arrojarlo al basurero, era una mezcla de gratitud y ternura, además le había confiado el modo en que Humberto se posó en mí, le dije algo sobre una libélula y el sereno cumpliendo su función. Lo llevé a casa, me escuchó sin oídos contarle cuando pasé la noche con el siguiente chico. Y el siguiente. Los que siguieron.

Aún habita el centro de la sala, su cabeza girada hacia la izquierda apunta hacia la entrada como un guardián que mira a los extraños con sus ojos que no existen.